

Emmanuelle Favier

Escuchar las
aguas bravas



AdN

Emmanuelle Favier

Escuchar las aguas bravas

Traducido del francés por Elia Maqueda

AdN

Título original: *Écouter les eaux vives*

Primera edición: marzo de 2026

Diseño de cubierta: Compañía

Diseño de colección: Summa Branding

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Éditions Albin Michel, Paris, 2025

© de la traducción: Elia Maqueda, 2026

© AdN Editorial (Grupo Anaya S. A.), 2026

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN: 979-13-87596-37-8

Depósito legal: M. 24.263-2025

Printed in Spain

A los gatos que se van solos.

En el cielo enorme, un grito ronco desgarrar el azul. Es una invocación, casi; una orden gutural y áspera. El ave, abierta de par en par en su vuelo, casi inmóvil con sus dos metros de alas, no termina de graznar, y ese graznido ahogado parece pedir socorro. Planea con una lentitud que impresiona hasta a los reflejos del lago, por encima de la extensión de agua rodeada de turberas. Imperceptiblemente, el ave zancuda llega a la orilla. A medida que se va acercando a la playa de guijarros, las plumas grises de sus alas se animan, baten cada vez más rápido, y sus patas finas se estiran hacia delante para aprehender la superficie que la espera. Se posa. El cuello largo se despliega y la cabeza se acerca a la masa inerte que forma, al borde del agua, un extraño talud.

El pico amarillo, en forma de puñal, picotea con precaución la extremidad del cadáver. Sube por las dos piernas, cinchadas en unas botas de caucho cuyo olor irritante le quita el apetito. No hay nada que comer allí. El pico sigue, llega hasta la prenda impermeable, grotescamente deformada por una estancia prolongada en el agua. Recorre el cuerpo obeso hasta llegar al rostro cianótico que antaño fue hermoso, a su sombría manera, pero que ahora aparece destruido por la hinchazón de la piel; los globos pálidos de los ojos; la boca, donde florece la espuma; la lengua colgante; el bigote poblado, que cae por los pliegues de las mejillas y termina en una barba intrincada donde se mezclan lombrices y algas minúsculas.

La zancuda se aparta: la presa es demasiado grande y más apta para las aves carroñeras. Si el ojo vidrioso del hombre

podiese ver, percibiría la decepción plegando las ojeras azuladas del ave. La garza se aleja del cuerpo varado para volver a sus actividades predilectas: merodear entre las cañas y cazar a algún campañol imprudente.

Pasa un rato largo donde no sucede nada. El silencio pesa, se inmiscuye en el rumor del mar, cuya masa inmóvil sobre la playa interrumpe la rutina. En el centro de esta anquilosis general solo se percibe el movimiento del sol, que emprende su descenso perezoso hacia el horizonte. A pocos pasos de la figura yacente, el animal de reflejos cenizos suaves acecha aún al batracio o al roedor que será su próxima cena; no ve la casa blanquísima de tejado gris enfrente, ni la altura modesta de las colinas, ni las nubes de algodón, cuya pureza recortada deslumbra al horizonte, ni el lago resplandeciente bajo las reprimendas de una primavera precoz. Estoica, inmóvil sobre una sola pata, el ave tiene todo el tiempo del mundo.

La noche se perfila detrás de las montañas bajas. El cielo se cubre de rastros castaños. Un viento se hincha, anunciando tormenta. La garza no ha movido ni una pluma; es silueta críptica en el juncal. De pronto se oyen ladridos, una agitación proveniente de los matorrales, de donde surge un flamante perro pastor. Se precipita sobre el cuerpo inerte en la playa, da vueltas a su alrededor en un baile enloquecido y todo es un caos impotente de negro, de rojizo, de blanco y de dolor. Entonces la cresta oscura del ave se yergue, las patas se repliegan y la garza se eleva en un majestuoso batir de alas gris y blanco: la locura de los hombres se observa mejor desde lo alto.

I

«Hay dos tipos de personas:
los submarinistas y los que dan portazos».

Cartel a bordo
del submarino Émeraude

Todo estaba en calma. El bullicio continuo del día aún perduraba, pero un tono por debajo; la luz había virado al rojo y, con aquella iluminación de lúpulo, que añadía a la extrañeza de aquel mundo aparte un espesor adicional, todo el mundo cambiaba imperceptiblemente de actitud, hablaba más bajo, caminaba más suave, se movía como dormitando, con las voces contrariadas y los rostros deformados, como bajo la influencia de una narcosis.

Guiada por el resplandor bermejo, Adrian llegó hasta su camarote y cerró la puerta despacio tras de sí. Oyó una risa muda que constataba que Elsie, de quien se había separado unos minutos antes, ya había caído en un sueño pesado. Salvo la suya, las camas estaban vacías. Adrian apenas se cruzaba con las otras dos mujeres que dormían en el camarote. Solo sabía su nombre y su puesto, y con eso le bastaba. La compañía de Elsie era más que suficiente.

La joven roncaba suavemente y sumaba su propio ronroneo al ruido de la ventilación. Al principio, los oídos sensibles de Adrian se habían sentido perturbados por aquella respiración constante de animal cansado. Pero se había acostumbrado hasta tal punto que ahora extrañaba el ventilador cuando volvía. Había terminado integrando aquel tejido sonoro complejo que amalgamaba el zumbido quedo de los motores, el

tintineo de los cardanes, el murmullo de las bombas y de las máquinas, y del que emanaba de vez en cuando una voz humana deformada por un micrófono de mala calidad que trasladaba algún mensaje, orden o alerta.

Mientras estiraba en silencio las extremidades, que había mantenido en una tensión inmóvil durante todo el día, Adrian paseó la mirada por los paneles de contrachapado, el minúsculo lavabo de duraluminio y el linóleo con motivos punteados, que se veía aún más sucio a la luz rojiza. Aquel era su entorno familiar. Había adoptado aquella decoración pragmática y austera desde la primera visita. No se había asustado por la estrechez del camarote, no había sufrido opresión alguna, no se había ofendido por la sobriedad de las instalaciones. Ni siquiera se había inmutado al ver las manchas sospechosas en los colchones que, durante generaciones, no habían sostenido más que cuerpos de hombres.

Se quitó con toda la discreción que pudo los zapatos de seguridad y luego se desabrochó la parte superior del uniforme reglamentario. Al verse en el espejito, interrumpió el gesto para contemplar las letras blancas que, sobre el pecho izquierdo, deletreaban su apellido en respuesta a las palabras «ROYAL NAVY», que se desplegaban a la derecha. Pensó en el linaje de los Ramsay, que, real o inventado, era el orgullo de su padre, Ian. Se acordó de uno de sus primos lejanos, Alasdair Ramsay, muerto en una misión a bordo del HMS Spartan dos décadas antes. Aquel suceso no había tenido nada que ver con su vocación: la había descubierto más adelante, visitando el monumento a los submarinistas caídos en combate, cerca de Portsmouth. Pero el heroísmo de aquel joven se había sumado a los numerosos motivos de su dedicación.

Quitarse la ropa siempre le generaba un sentimiento de vulnerabilidad, como la medusa cuando sale del agua y pierde sus colores y su sustancia. Y eso que odiaba aquel uniforme

incómodo y feo, cuya tela de mala calidad le irritaba la piel, donde el olor fermentaba durante semanas hasta hacerse casi insoportable, inclusive y sobre todo para quien iba dentro. Aquellos monos, concebidos por y para hombres, estaban poco adaptados a las restricciones femeninas. Adrian había conocido el antiguo uniforme de los marinos británicos, todavía en vigor en sus inicios. Después de setenta años llevando el típico gorro de marinero, una camisa de manga corta y sobre todo el icónico jersey de lana blanca, todo ello relegado ya al rango del folclore, el traje de faena se había convertido en el uniforme universal de los militares. Un uniforme que no le gustaba a todo el mundo, menos aún en un universo celoso de su carácter excepcional, como lo era el de los submarinistas.

Se dejó puesta la camiseta azul oscuro con las armas de la institución, se enfundó un pantalón corto y trepó a su litera. Tumbada boca arriba, miró el techo un rato fijamente, esperando el sueño. Giró la cabeza hacia Elsie, que no había tenido fuerzas ni para correr la cortina ni para arrojarse. Adrian contempló el rostro lozano, el pecho redondo que se adivinaba bajo la tela, los muslos generosos que emergían del calzón de hombre. Se preguntó por un instante si podría haber sentido deseo hacia Elsie. Pero, aparte de que ponía mucho cuidado en contener cualquier tentación a bordo, las mujeres para ella nunca habían sido nada más, en materia sexual, que objetos de experimentación que había agotado en su juventud. Encendió la lamparilla que había sobre su cabeza y cogió un libro de análisis acústico con el que terminó quedándose dormida.